

conservar al mismo tiempo, para regenerar en lo sucesivo á la sociedad romana. Hé aqui el por qué de no llegar los Bárbaros hasta el momento en que la paz del imperio permitió al cristianismo establecerse y echar raíces. Pero esa paz es también un principio de corrupcion, un obstáculo, al mismo tiempo que un auxiliar de la religion nueva. Los Bárbaros vienen enviados por Dios para salvar el cristianismo de la podredumbre antigua, aprovechando las semillas intelectuales que conservaba aún esa civilizacion decaída. ¡Adoremos á la Providencia divina, que conduce la humanidad á su fin, á través de un dédalo de contradicciones!

Los Bárbaros vienen á salvar al cristianismo; son los auxiliares del Cristo, y el cristianismo es auxiliar de los Bárbaros. El hecho ha sido ya por los antiguos anotado: Roma, victoriosa bajo el reino del paganismo, declina y perece bajo la dominacion de la religion nueva. ¿Atribuiremos esta especie de complicidad á los cristianos? Los Romanos que permanecieron fieles al culto de sus padres no dejaron de acusar á los sectarios de la religion cristiana de haber llamado á los Bárbaros. No tenían razon; los cristianos eran inocentes de intencion, y los Padres de la Iglesia, con fundamento, rechazan esas acusaciones apasionadas. Sin embargo, también puede con verdad decirse que había una alianza entre los Bárbaros y el cristianismo. ¿Quién persuadió á los hombres de que eran extranjeros en la tierra y de que no debían cuidarse de la ciudad ni de la patria? ¿Quién condujo á los desiertos y á los conventos á millares de fieles que abandonaban la sociedad, abdicando los deberes que impone? Los cristianos, practicando los consejos de la perfeccion evangélica, se trocaban en ciudadanos inútiles; el cristianismo abría el cielo, dice Voltaire, pero perdió al imperio. No obstante, los Padres de la Iglesia habían aplaudido el imperio y celebrado la paz que daba al mundo como un don del Hijo de Dios, el Príncipe de la paz. Esta nueva contradiccion es insoluble si se destierra á Dios de la historia, al paso que se explica perfectamente dentro del orden providencial. Si, los Bárbaros y el cristianismo son aliados íntimos, inseparables. Sin el cristianismo, los Bárbaros hubieran de struido, pero no regenerado; sin los Bárbaros, el cristianismo hubiese perecido entre la decrepitud universal, ó hubiese arrastrado la existencia vergonzosa é inútil que arrastró en Constantinopla.

Los Bárbaros son auxiliares que Dios envía al cristianismo para desembarazar los escombros del paganismo romano y para fundar la Iglesia católica. No solamente su genio sencillo y puro se acomoda mejor al cristianismo que la civilizacion corrompida y decaída del imperio, sino que también son los encargados de extender el Evangelio por el mundo occidental. Entre esos Bárbaros había un pueblo elegido: los Francos destruyeron la herejía arriana que amenazaba la unidad y hasta la existencia de la Iglesia, y prestaron el apoyo de su poder á los misioneros que iban á convertir á los hombres del Norte. La conversion de la Alemania se verificó bajo la proteccion y aun por las armas de los reyes francos. Por más que deploramos la intervencion de la fuerza en la propaganda religiosa, hay que reconocer el hecho. San Bonifacio, el apóstol de la Germania, confiesa que, "sin las órdenes y el temor del príncipe de los Francos, no podría dirigir los pueblos ni atajar las supersticiones de los paganos y el culto sacrilego de los ídolos." ¡Sin embargo, Bonifacio predicaba el Evangelio á poblaciones sometidas á la dominacion de los Francos! Carlos Martel convirtió á los Frisones espada en mano, y contuvo luego la invasion de los Árabes. Diríase que sus soldados están al servicio del Cristo. El lazo que une los Francos al cristianismo es tan íntimo, que su primer historiador titula su crónica *Historia eclesiástica*.

La Iglesia, por su parte, ayudó á constituir el imperio de los Francos. Clovis, despues de su conversion, encontró un auxiliar, ó, mejor dicho, un cómplice, en cada obispo ortodoxo. Los pueblos bárbaros, sobre quienes debía conquistar la Galia, estaban entregados al arrianismo. Los católicos pusieron en el rey de los Francos todas sus esperanzas. Los obispos que vivían bajo la dominacion de los Borgoñones y de los Visigodos dirigieron al nuevo Constantino felicitaciones que más bien parecían una provocacion. Todos, dice Gregorio de Tours, deseaban con amoroso empeño la dominacion de los Francos. Conspiraciones católicas favorecieron al conquistador ortodoxo, y casi puede decirse, bajo este sentido, que fué obra de los obispos el reino de los Francos. ¿Celebráremoslos por eso como campeones de la fe cristiana? No, los obispos no procedían rectamente, y eran traidores á sus reyes, anteponiendo su creencia á sus deberes de ciudadanos; cometían un crimen que

justificará la Providencia, pero que los hombres no pueden perdonar. Dios sí que torna en bien lo que en sí mismo es mal. Mas ¿qué dirémos del memorable hecho que acabamos de citar si desterráramos á Dios de la historia? Habría entonces que decir que la fuerza unida al engaño y á la perfidia gobierna el mundo; que el mal produce por sí mismo el bien; que el fin justifica todos los medios, sin exceptuar el crimen. Para esto, ¿no valdría más que no hubiese historia? Si, por el contrario, Dios gobierna al mundo, los hombres siguen siendo culpables y reciben el castigo. El orden moral está salvado. Adoremos, por más que no le comprendamos, el poder que sabe sacar el bien del mal, sin que por eso cese éste de ser mal.

III.

Lo dicho, si choca á la razon, satisface á la conciencia; ¿qué ganaría nuestra razon en negar el gobierno providencial, fundada en no comprenderlo? ¿Comprende acaso cómo el mal puede ser una fuente de bien? ¿Qué significan el azar, la naturaleza ó las leyes generales? Desde que es cuestion de Dios, nada podemos comprender: ¿cómo había de comprender la imperfeccion humana á la perfeccion divina? Contentémonos con reconocer las huellas de Dios, y bendigámosle por lo que nos revela. Misterio por misterio, entre el gobierno providencial, que nos da la seguridad de un apoyo y un guía, ó una ley general que nada explica, ¿será dudosa la eleccion?

Decimos que la historia conduce poderosamente á reconocer un gobierno providencial, porque sin Dios es un enigma. ¿Qué vienen á hacer los Bárbaros? ¿Qué quieren? Todo el mundo responde: vienen á destruir el imperio romano. Los unos deploran, los otros aplauden esa obra de destruccion. Maldíganla ó exáltenla, no es obra de los hombres, sino de Dios. Oigamos á los Bárbaros; ellos mismos nos dirán sus propósitos: "Mi más ardiente ambicion, exclama el sucesor de Alarico, fué primeramente aniquilar el nombre romano y hacer de toda la extension de las tierras romanas un imperio gótico. Pero bien pronto me convencí de que los Godos eran incapaces de obediencia, á causa de su barbarie indisciplinable. Entonces tomé el partido de buscar la gloria consagrando la fuerza de los Godos á restablecer su integridad y

atumentar el poder de Roma, á fin de que la posteridad me mirase al ménos como el restaurador del imperio que no podía transferir de los Romanos á los Bárbaros." (1).

Ataulfo expresa en esas palabras los sentimientos de todos los Bárbaros. La inmensidad del imperio, el orden que regia en el gobierno, las artes y el lujo que embellecían la vida, les colmaban de admiracion y les infundían respetos; lejos de querer destruir tan maravilloso edificio, ambicionaban sostenerle. Sin embargo, el imperio se vino á tierra, á pesar suyo. Entonces pensaron en restablecerlo en provecho de las razas bárbaras. Tal fué la ambicion de los grandes hombres que dieron á luz los Germanos. Teodorico es un personaje de la antigüedad, bajo el vestido de un Godo; su ideal era el imperio. Fascinado por la grandeza aparente de las instituciones romanas, quiso restablecer el imperio de Occidente. Roma ejercía tanto prestigio sobre su imaginacion, que conservó todas las instituciones, y hasta los abusos y los vicios del régimen imperial, desde la servidumbre que pesaba sobre los curiales hasta la distribucion de pan á los Romanos, es decir, el despotismo y la corrupcion. Nada había cambiado del gobierno de los Césares, á no ser que los Bárbaros reinaban y que los Godos llenaban las legiones (2). Esta tentativa de restauracion vino á tierra, lo que no impidió á los Francos intentar de nuevo. Carlo-Magno, de concierto con el papa, se ciñó la corona imperial. Parecía que iba á renacer el imperio romano; Carlo-Magno tomó el título de Augusto, y dató de su consulado, como los Césares de Roma y de Constantinopla. Esta tentativa sucumbió también. Los Bárbaros eran radicalmente incapaces de fundar la unidad. Roma estaba llamada á reunir bajo sus leyes á todas las naciones; así poseía en el más alto grado el espíritu de unidad y de dominacion. Los Germanos debían romper esta falsa unidad y preparar la era de las naciones; así poseían el genio de la diversidad y de la individualidad.

¿Qué significan los ensayos de unidad romana que los Bárbaros intentan? ¿Qué esa ambicion de monarquía universal que heredan de la antigüedad?

(1) OROSES, VII. 43.

(2) Véanse los testimonios en mi *Estudio sobre los Bárbaros y el catolicismo*.

¿Por qué los Galos triunfan, al menos temporalmente, en la obra que no pudo llevar á cabo Teodorico? Los ensayos de reconstitucion del imperio duraron desde el siglo V al X. ¿Qué representan esos quinientos años de sufrimientos y de trabajos? En vano se encontrará respuesta á esas preguntas, ateniéndose únicamente á los propósitos de los hombres. Éstos procuraron una cosa imposible, la monarquía universal. Mas ¿en qué consiste que los Romanos llegaran á dominar el mundo durante siglos, mientras que la monarquía de los Godos sucumbe con Teodorico, y que la decadencia del imperio de Carlo-Magno principia con su muerte? ¿Diráse que los Romanos tenían el genio de la unidad, al paso que el de la individualidad sobresalía en los Bárbaros? Cierto; pero ¿quién dió á los Romanos el genio de la dominacion? ¿Quién dotó á los Germanos del espíritu que divide? ¿No fué Dios? Y si Dios da un genio diferente á cada nacion, ¿no consiste en que tambien da á cada cual una mision distinta? Hé aquí que reaparece la Providencia, única que explica el destino del imperio romano y de los imperios germánicos.

No hemos satisfecho todas las cuestiones planteadas. La monarquía universal destruye tanto la libertad de los pueblos como la de los individuos, y con la libertad el principio de la vida y la fuente del progreso. Recuérdese si no el envilecimiento de los pueblos despues de algunos siglos de dominacion romana. Uno de los grandes beneficios que debemos á los Bárbaros es que pusieron fin á la unidad romana, inaugurando la era de las nacionalidades libres é independientes. Mas ¿debe atribuirse á los hombres del Norte la gloria de ese resultado? Si hubieran podido, habrían eternizado el despotismo del imperio, que se confundía á sus ojos con la civilizacion antigua. Los Bárbaros, al destruir las instituciones romanas, hicieron lo que no se proponían hacer. ¿Quién entonces lo ha hecho por su mediacion? ¿No será Dios que les llamó y dotó con el genio que divide?

Esos mismos Bárbaros se empeñan en reconstruir la dominacion romana. ¿Á qué tantos esfuerzos estériles? Roma, por más que su dominacion enervára y envileciera á los pueblos, tenía su mision; hay un lazo incontestable entre la unidad, la paz del imperio y el establecimiento del cristianismo. Ahora bien, las tentativas de restauracion de los Bárbaros, ¿no tendrían una mision análoga?

¿Serían vanos el trabajo y los sufrimientos de la sociedad durante cinco siglos? Las monarquías universales, por más que violen las leyes de la naturaleza, tienen su mision. Roma preparó el camino á Jesucristo, y esta es la justificacion providencial de su dominacion. Los imperios bárbaros propagan el Evangelio entre las poblaciones bárbaras, y esto justifica su dominacion pasajera. Hemos dicho que el cristianismo católico era necesario para educar y moralizar á los Bárbaros; hé aquí la razon de que Teodorico, arriano, sucumbiera en su empresa, al paso que Clovis, ortodoxo, fundara una vasta monarquía. El catolicismo descansa sobre la autoridad de una Iglesia exterior, y la Iglesia se concentra en el papado. Pues bien, los Bárbaros trabajan sin conciencia de ello, para fundar el poder espiritual y temporal de los papas. El espectáculo es maravilloso y merece que le consideremos un tanto.

Los obispos de Roma se decían sucesores de San Pedro, instituidos por Dios para regir la Iglesia. Pero el poder espiritual que reivindicaban tenía un adversario en los Césares de Constantinopla: el emperador quería ser soberano exclusivo, y no se prestaba á reconocer otra soberanía igual ó superior á la suya. El papado y el imperio no podían conciliarse. Los Bárbaros, destruyendo el imperio, permiten al papado establecer su dominacion. No cabe atribuir este hecho á la voluntad humana. Los destructores del imperio eran arrianos, y no se dirá que pueblos arrianos se propusieran fundar la autoridad de la Iglesia católica, de la que eran encarnizados enemigos, porque los arrianos, semejantes en esto á los católicos, eran intolerantes y perseguidores. Véanse, pues, hombres que hacen lo contrario de lo que querían hacer. ¿Quién condujo á los Bárbaros al asalto del imperio? ¿Quién se sirvió de ellos, á pesar suyo, para emancipar el papado de la dominacion imperial? ¿Por qué desaparecieron de la escena los pueblos germanos que abrazaron el arrianismo? La voluntad de Dios satisface todas esas preguntas: en vano se pretende desterrarle de la historia, que llena por completo.

Los Francos ocuparon el lugar de los Godos y de los Lombardos. Eran católicos y trabajaron en agrandar y fortificar el papado. Nada más lógico en apariencia, y aquí sí puede decirse que los hombres realizan lo que se proponían, sin necesidad de recurrir al misterio de un gobierno providencial

para explicar sus acciones; veamos y examinemos. Todos los historiadores aseguran que Pipino y Carlo-Magno fundaron el poder de los papas con sus célebres donaciones. ¿Quiere esto decir que los reyes francos se propusieran elevar los obispos de Roma al nivel de los reyes primero, sobre la realeza despues? Nadie podrá sostenerlo, porque las leyes y los actos de Carlo-Magno prueban lo contrario. Carlo-Magno y no el obispo de Roma era el verdadero papa: él proclama que Dios le ha confiado el gobierno de la Iglesia; él dispone de los obispos, como dispone de sus dominios; él da leyes á la Iglesia; él confirma la eleccion de los papas, que prestan juramento ántes de obtener su confirmacion; él les envía instrucciones para recomendarles la observancia de los cánones y la pureza de las costumbres; él se mezcla en las cuestiones del dogma y hace decidir por concilios nacionales lo contrario de lo que la santa sede ha decidido. El emperador ejerce verdadera supremacía sobre la Iglesia de su inmenso imperio. Su poder se ha comparado al que tienen los reyes de Inglaterra sobre la Iglesia anglicana. Es decir, que el rey franco era el amo (1).

Hé ahí lo que Carlo-Magno quería y lo que hacia. ¿Por qué entonces se dice que fundó el poder de los soberanos pontífices? Tampoco nosotros lo negamos; la historia lo comprueba. Trascurren algunos siglos, y el papa depone á los emperadores; pone y quita los reyes, y gobierna los pueblos. La soberanía ha pasado de los emperadores á los obispos de Roma. Los reyes francos sentaron los cimientos de este inmenso poder, continuando y acabando lo que los Bárbaros habian comenzado. Las naciones y sus jefes forman con sus propias manos el poder que destruirá su poder y aniquilará su propia independencia. ¡El hecho es maravilloso! ¡Desterrad á Dios de la historia, y explicad, si podéis, la alianza de los Bárbaros con el papado! La Iglesia fué concentrándose sin cesar hasta que estuvo en manos de un solo hombre, que se dice el vicario de Dios, llamado para gobernar á los pueblos y á los reyes. Maldigase en buen hora este poder exorbitante y sus excesos, pero nadie negará que el papado realizó la educacion de las razas bárbaras; nadie negará que, para llenar esta mi-

(1) Véanse los testimonios en la parte quinta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

sion, le era indispensable un poder sin límites, apoyado en un poder temporal igualmente ilimitado. Los Bárbaros, emancipando y engrandeciendo el papado, prepararon el advenimiento de un poder llamado á moralizarles. Hicieronlo sin conciencia ciertamente. ¿Cúya es entonces la gloria sino de Dios?

Admitiendo que hay una Providencia que dirige las cosas humanas, queda explicado el admirable apoyo que los Bárbaros prestan al papado, lo que no puede explicarse desterrando á Dios de la historia. En tal extremo todo se convierte en tinieblas, como si el sol desapareciera de los cielos. Si los hombres no son conducidos por la mano de Dios, fuerza es convenir en que son juguete de una fatalidad ciega, sea cual fuere el nombre que se le dé, azar, naturaleza ó ley general. Mas esta fatalidad ciega prevé el porvenir y dirige los destinos del género humano con inteligencia. Hé aquí un misterio más grande que el gobierno providencial, que, por misterioso, se rechaza. ¿Por qué resistir á la evidencia? ¿Por qué no reconocer que Dios ha hecho el cristianismo, y, por consiguiente, la Iglesia y el papado, para los Bárbaros, y que trajo á los Bárbaros para el cristianismo, y, por consiguiente, para la Iglesia y para los papas? El régimen feudal va á demostrarnos esta verdad con una evidencia que desafía á la duda.

§ IV.—El feudalismo.

N.º 1.—*El feudalismo y la idea del derecho.*

I.

En las costumbres de los Prusianos se lee: "El padre mata á los hijos ciegos ó mal conformados con el hierro, el agua ó el fuego; el hijo da muerte á sus padres viejos; el padre de familia ahorca de los árboles á sus servidores achacosos" (1). ¡Horrible simbolo de la fuerza reinante en la Edad Media! La fuerza domina, los fuertes solamente tienen derecho á vivir. El feudalismo es una época de cotidianas luchas. Los castillos, cuya pintoresca situacion admiramos hoy, eran una terrible realidad en los tiempos feudales: nidos de buitres donde se encaramaban hombres de hierro. La guerra

(1) GRIMM, *Rechtsalterthümer*, p. 488.